

PEDRO DE ALVARADO, UN CONQUISTADOR EXTREMEÑO

Jesús María García Añoveros

INSTITUTO DE HISTORIA
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS.
MADRID

1. LA PARTIDA Y LOS COMIENZOS

La partida

En mayo de 1541, Pedro de Alvarado, que ya contaba 56 años, se encontraba en la capital de la Nueva España, México, realizando los preparativos finales de la que iba a ser su última y gran empresa de descubrimiento y conquista de las islas y tierras del Mar del Sur, que posteriormente se llamaría Océano Pacífico, la cual, según la creencia de aquella época, le llevaría a la codiciada región de la Especiería.

En junio del mismo año se había desplazado con un grupo de soldados suyos a la gobernación de Nueva Galicia, a instancias de su gobernador Cristóbal de Oñate, para ayudar a sofocar la sublevación de unos indios de la región. Oñate le había aconsejado prudencia y que esperara la llegada de nuevos refuerzos, pues los indios eran numerosos y belicosos y poseían buenas defensas, a lo que Alvarado respondió: a mí me parece que no debe dilatarse el castigo de esos traidores y es vergonzoso que cuatro indios gatillos hayan levantado tanto ruido; con menos gente de la que traigo he vencido a muchos y más poderosos enemigos con menos tropas. El gobernador Oñate se entristeció con la actitud de Alvarado, pues temía un nuevo fracaso. El 24 de junio, Alvarado, se dispuso al asalto de la plaza fuerte indígena de Nochistlán, pero la resistencia indígena fue tal que no tuvo más remedio que ordenar la retirada de sus tropas.

Baltasar de Montoya, escribano de Alvarado, inició una precipitada fuga con su caballo sin hacer caso de las voces de Alvarado que le pedía se sosegase, y se le fueron al caballo los pies y fue rodando, y de un encuentro se llevó por delante a Alvarado, siendo tal el golpe que le dio en los pechos, que se los hizo pedazos, dejándole sin sentido y echaba sangre a borbotones. De esta manera narra el cronista franciscano Pedro Tello la muerte de Alvarado. Y preguntándole su capitán, D. Luis de Castilla, qué le dolía respondió: el alma; llévenme do confiese y la cure con la resina de la penitencia y la lave con la sangre de nuestro Redentor. Lo pusieron sobre un pavés camino de la ciudad de Guadalajara. Salió a recibirle el gobernador Oñate y le recordó con buenas palabras su consejos, a lo que Alvarado respondió: ya es hecho, ¿qué remedio

hay?, curar el alma es lo que conviene; yo tuve la culpa en no tomar consejo de quien conocía la gente y la tierra; yo me siento fatigado y mortal; conviene que con la brevedad posible me lleven a la ciudad para ordenar el alma. El bachiller Estrada, que era cura de Guadalajara, avisado por el gobernador salió al encuentro de Alvarado, quien le dijo: señor, sea bien llegado para remedio de un alma tan pecadora; ya no se perderá con el favor de la Divina Misericordia; y debajo de unos pinos se confesó y, de cuando en cuando, volvía al examen de su conciencia y se reconciliaba. Unos días después, el cuatro de julio de ese mismo año, expiró.

Los comienzos

Muy pocas cosas sabemos de los primeros años de Alvarado. Nació en Badajoz en 1485. Sus progenitores fueron D. Gómez de Alvarado comendador de Lobón, y doña Leonor Contreras, de familia hidalga pero de escasos recursos, los cuales tuvieron nueve hijos: Isabel, Sara y Catalina, y Juan, Gonzalo, Hernando, Jorge, Gómez y Pedro. Todos los hermanos varones pasaron a las Indias en búsqueda de mejor vida y fortuna, aunque con desigual suerte. En 1510, Pedro, con cuatro de sus hermanos, arribaba a La Española, Santo Domingo, en donde les dio cobijo su tío, Diego de Alvarado, que había emigrado años antes a la isla y era regidor. Un cronista nos dice que siendo un pobre soldado, aunque de noble sangre, con una espada y una capa pasó a estas partes a buscar la vida, como suelen hacer los hidalgos y los hombres de honor.

2 EL CONQUISTADOR

Al año siguiente de su llegada se alista, junto con sus hermanos Gonzalo, Jorge y Gómez, en la expedición de la conquista de Cuba, encabezada por Diego de Velázquez. No le fueron mal las cosas a Alvarado, pues, como pago a los méritos contraídos, en 1513, es nombrado capitán y se le otorgó una encomienda de indios, que le prestaban tributos y servicios. En dicha expedición se enrolaron personas que llegaron a adquirir gran celebridad: Hernán Cortés, Juan de Grijalva, Diego de Ordás, Bernal Díaz del Castillo y el clérigo Bartolomé de Las Casas.

En 1518 parte una primera expedición desde Cuba al continente, a las costas de Yucatán y México, que recorrió buena parte del golfo de México, y en la que Alvarado aparece al mando de cuatro navíos. La expedición retornó con un saldo de más de 16.000 pesos de oro en joyas que rescataron y noticias fabulosas de la grandeza y riqueza del imperio de los aztecas.

Con estas noticias tan halagüeñas el gobernador Velázquez prepara una armada con once buques y más de 800 hombres para la conquista del ansiado imperio, encomendada a Cortés. Alvarado se enroló con cuatro hermanos suyos y, esta vez, como parte de la empresa. Afirma en una carta que yo vine con caballos y armas y otras cosas y vine por capitán de otra nao y gente a mi costa. Además, ya es uno de los hombres de confianza de Cortés y su principal capitán. A partir de la conquista de México es cuando Alvarado entra en la Historia.

No me puedo detener en detallar la conquista de México por los españoles; me limito a narrar aquellos hechos más sobresalientes en los que intervino Alvarado. Desde la ciudad de Villarrica de la Veracruz, que había sido fundada por Cortés, la hueste de Alvarado inicia sus incursiones hacia el interior y éste comienza a distinguirse por sus acciones guerreras. Cortés empieza a poner en práctica la política que tan buenos resultados le dio: se atrae y pacta con los reinos y señoríos indígenas enfrentados con los sanguinarios aztecas y recibe su apoyo en hombres y medios para luchar contra ellos. Los tlaxcaltecas se convierten en sus mejores aliados. Su señor, Xicotenga, entrega a su única hija a Cortés en señal de amistad, quien se la cede a Alvarado. Bautizada con el nombre de Luisa se convirtió en compañera fiel de Alvarado, al que le dio dos hijos, Pedro y Leonor. Un acto más de la política de fusión de razas y culturas fomentada por la Corona española.

En noviembre de 1519 entran Cortés y los suyos en la capital del imperio azteca Tenochtitlán con la anuencia del emperador Moctezuma, a quien retienen, ya que Cortés consideraba que ello era el camino menos costoso de apoderarse del imperio. Pero en mayo de 1520, Cortés tiene que abandonar precipitadamente la ciudad con el grueso de su ejército y acercarse a Veracruz para enfrentarse a la expedición de mil cuatrocientos hombres, que el gobernador Velázquez había enviado para apresarlo por haberle negado la obediencia debida. Cortés logra con inteligencia, persuasión y dádivas atraerse a la expedición y rompe definitivamente los lazos con Velázquez. Cortés había dejado al capitán de su confianza, Alvarado, con ochenta hombres en Tenochtitlán para custodiar a Moctezuma, rodeados de miles de indios enemigos. El 16 de mayo los sacerdotes y señores se habían reunido en el templo principal de la ciudad para celebrar una de sus festividades religiosas más importantes en honor del dios Toxcatl. Y aquí tuvo lugar la sangrienta tragedia, promovida por Alvarado, y que lo ha marcado en la historia de México. Sorpresivamente ordenó a sus soldados y auxiliares tlaxcaltecas que atacaran a los indefensos asistentes, realizando una gran matanza de sacerdotes y nobles. Varias razones se han barajado para explicar la acción de Alvarado. Éste tenía noticias de que los aztecas se iban a sublevar, liberar a Moctezuma y sacrificarles a sus ídolos, que como Alvarado escribió después pues que ellos nos querían dar, comencemos nosotros los primeros... de ruina a ruina el que primero acomete vence. Sabemos, además, que los tlaxcaltecas animaron a Alvarado a hacerlo, pues se querían vengar de los odia-

dos aztecas.

Enterado Cortés de la apurada situación en que se encontraban Alvarado y sus soldados, regresa a Tenochtitlán en donde entró el 24 de junio de 1520, recriminando a Alvarado de lo hecho. Pero el día 30, muerto Moctezuma de una pedrada por los indios sublevados, abandonan Cortés y su ejército apresuradamente la ciudad, no sin antes de haber sostenido una lucha desesperada con los indios para romper el cerco que les habían tendido. Alvarado se distinguió por sus arriesgadas acciones guerreras, pero todo acabó en aquella noche triste para los españoles, en la que murieron cerca de 800 hombres. Luego, en abril de 1521, volvió Cortés, ya bien pertrechado y armado, y puso cerco a Tenochtitlán, que no logró conquistar hasta el mes de agosto, después de feroces enfrentamientos y luchas despiadadas, avances y retrocesos, en los que cayeron muchos de los aztecas y algunos españoles. Alvarado, de nuevo, se destacó como capitán en las duras pugnas sostenidas canal por canal, calle por calle y casa por casa.

Ya dueño Cortés del imperio, pacificada la ciudad y haciendo de la misma centro de operaciones y capital del que se llamará Reino de la Nueva España, comienza la conquista de los numerosos señoríos periféricos. Alvarado conquistó la provincia de la Misteca, así como a los zapotecas de Tehuantepec, orillas del Pacífico. Su fortuna se fue incrementando considerablemente, gracias al oro que logró acumular, en ocasiones con procedimientos expeditivos.

En 1523 el signo del conquistador Alvarado iba a dar un giro notable, pues ya será el principal responsable de sus futuros descubrimientos y conquistas. Cortés piensa seriamente en la expansión de sus dominios hacia el sur, a la región centroamericana, de cuyos reinos y señoríos ya tenía noticias. Sabía que estaba en Nicaragua Pedrarias Dávila, el cual presionaba en dirección hacia el sur de la Nueva España sobre tierras no conquistadas; abundaban los rumores de que había oro; ya se había aceptado como incuestionable la existencia de un gran continente bañado por dos grandes mares y se hacía necesaria la búsqueda, en palabras de Cortés, del ansiado estrecho que es la cosa que en este mundo más deseo yo topar, por el gran servicio que dello el Emperador recibiría; y, finalmente, la preocupación de Cortés por enviar a lugares alejados a sus mejores capitanes, de cuya ociosidad y ambiciones podrán derivarse serios problemas en su gobernación de la Nueva España. Así pues, Cortés encargó a Alvarado, por estas razones y para recompensar su fidelidad y buenos servicios, los descubrimientos y conquistas en dirección al istmo centroamericano.

El 6 de diciembre de 1523 salía Alvarado de México al frente de una nutrida hueste de 320 soldados escopeteros, 135 de a caballo y mil indios auxiliares amigos a la conquista de una extensa región de 500.000 metros cuadrados, habitada por más de 300.000 indígenas, que abarcaba desde Guatemala a Costa Rica, integrada por dos reinos principales, los quichés y cakchiqueles, y otros muchos señoríos, independientes unos de otros, en continuos enfrentamientos y luchas y con escaso desarrollo político y social, fuera del más moderado de los dos principales reinos.

A primeros de enero de 1524, luego de haber conquistado sin mayor resistencia las tierras sureñas de Tehuantepec y Soconusco, penetra en la actual Cuaterna-

la y sube a la poblada región interior de los altos para conquistar el más importante de los reinos, el del Quiché. Envía mensajeros, hace el preceptivo requerimiento y al no ser obedecido se enfrenta a un numeroso ejército indio en una llanura, cerca de la actual ciudad de Quezaltenango, logrando vencer y matar al legendario caudillo indio Tecún Umán; los reyes quichés le entregaron a Alvarado la capital, Utatlán, cuyos restos todavía perduran. Enterado Alvarado de que los indios querían, al parecer, tenderle una trampa, abandona la ciudad y, después de un duro asedio, la toma y ordena quemarla con sus dos reyes principales, a cuyos hijos bautizó, haciéndolos herederos del reino sometido. A continuación se dirigió a Iximché, capital del vecino reino de los cakchiqueles. Éstos, que odiaban a los quichés, se le unen y con su ayuda logra vencer toda la resistencia que todavía ofrecían. Alvarado sigue la táctica de Cortés: aliarse y pactar con los caciques de los señoríos enemistados. Casi inmediatamente, a instancias de los cakchiqueles, conquista el cercano reino de los zutuhiles, tradicionales enemigos suyos. Con la conquista de estos reinos Alvarado obtiene el dominio de las sociedades indígenas más importantes, ricas y mejor organizadas de Centroamérica.

Pero Alvarado no se detiene y llega al actual El Salvador y en junio de 1524 conquista el señorío de los pipiles, que dominaba la región, del que le quedó un amargo recuerdo; escribe en una de sus cartas: a mí me dieron un flechazo que me pasaron la pierna, de la cual herida quedé lisiado que me quedó una pierna más corta que la otra bien cuatro dedos. A finales de 1524 ya está Alvarado de vuelta al centro de sus conquistas y muy pronto se enemista con sus aliados los reyes cakchiqueles a quienes, olvidándose de su amistad, les exigió forzosamente oro. Estalló una gran sublevación de estos indios que duró varios años. La conquista completa de Guatemala todavía duró hasta 1530 y fue llevada a cabo por capitanes de Alvarado, pues éste no tardaría en ausentarse de la región. Años después, Alvarado uniría a sus dominios la provincia de Honduras como fruto de guerras de conquista y de pactos con otros conquistadores.

De resultas de estas guerras con los indígenas escribe Alvarado: todos los que en la guerra se tomaron, se harraron y se hicieron esclavos. Alvarado aplicaba así una de las normas admitidas por el derecho de gentes: a los capturados en guerra o se les mataba o se les hacía esclavos. Miles de indígenas cayeron de esta manera en la esclavitud. El problema radicaba en que la guerra tenía que ser justa y legal según las normas del derecho y la mayoría de las guerras realizadas por Alvarado y otros conquistadores en los primeros años no eran justas. En 1542, en las Leyes Nuevas, Carlos V, fundamentándose sobre todo en razones éticas, prohibió definitivamente la esclavitud de los indios y ordenó la libertad de los que anteriormente habían sido hechos esclavos.

3. LOS DOS VIAJES A ESPAÑA DE ALVARADO

En 1527 decide Alvarado ir a España. Varios fueron los motivos. Está descontento, pues sigue subordinado a Cortés y se queja de que sus méritos no han obtenido el premio debido, ya que éste no había informado debidamente al Emperador. Además, se le estaba acusando e incoando un pleito por haberse quedado ilegalmente con

más de cien mil pesos de oro, pertenecientes a la Real Hacienda y a otros conquistadores, y haber hecho indios

esclavos injustamente. Alvarado logró encontrar en España el apoyo que necesitaba para librarse de esos cargos y conseguir colmar sus pretensiones.

Dicen los cronistas que su atrayente presencia, buen hablar y gracia, y algunas dádivas que distribuyó, le facilitaron sus aspiraciones, de manera especial la amistad que trabó con el poderoso secretario real, Francisco de los Cobos, cuya intervención fue decisiva para verse libre de la acusaciones que con contra él habían. En una ocasión pudo acercarse al Emperador, quien dijo: no tiene este hombre talle de haber hecho lo que de él me han dicho. Los resultados de su estancia en España no pudieron ser más halagüeños. Fue nombrado gobernador de los territorios conquistados, en lo que se llamó Gobernación de Guatemala, con lo que consiguió independizarse de Cortés. Se le otorgó el preciado título de Adelantado, que confería gran prestigio, y un considerable salario anual real. Obtuvo el codiciado hábito de Santiago y, finalmente, contrajo matrimonio con la noble dama de Úbeda, doña Francisca de las Cuevas, sobrina del Duque de Alburquerque y pariente de don Francisco de Los Cobos; matrimonio que provocó el enojo de Cortés, pues Alvarado le había prometido casarse con su prima Cecilia. En octubre de 1528, Alvarado, rico, libre cargos y rodeado de un buen séquito desembarcó en Veracruz, lugar en donde su esposa fallecería apenas llegada.

De su segunda estancia en España, que duró desde 1536 a 1539, sabemos muy poco. En Guatemala, la Audiencia de México le había incoado un serio proceso, que tuvo como consecuencia la llegada de Alonso de Maldonado, excelente juez, con orden de juzgarle y de asumir interinamente, mientras se desarrollaba el juicio, la Gobernación de Guatemala. Los cargos que se le hicieron no diferían sustancialmente de los del anterior proceso. Como la situación no le era propicia, Alvarado de nuevo marcha a España para tratar de arreglar las cosas. Consigue, apoyado por sus protectores y porque seguía gozando de buen predicamento en la Corte, que se suspenda de momento el juicio que pesaba contra él y se le devuelva la gobernación de Guatemala por otros siete años más. Obtuvo, además, una de sus mayores ambiciones: capitular con la Corona la ansiada expedición de descubrimiento, conquista y poblamiento de las islas y tierras del Mar del Sur de la Especiería y del Máluco. Finalmente, gestionó una dispensa papal para poderse casar con doña Beatriz de la Cueva, hermana de la fallecida Francisca.

En enero de 1539 zarpa con tres naos desde Sevilla y el dos de abril arriba a Puerto Caballos en Honduras, desde donde escribe, no sin cierta ironía, al cabildo de la ciudad de Guatemala: solamente me queda decir cómo vengo casado, y doña Beatriz está muy buena; trae consigo veinte doncellas muy gentiles mujeres, hijas de caballeros y de muy buenos linajes; bien veo que es mercadería, que no se quedará en la tienda nada, pagándole bien, que de otra manera excusado es hablar de ello.

4. EL GOBIERNO DE GUATEMALA

Parece claro que Alvarado no fue tan buen gobernador como conquistador. Esto le diferenciaba radicalmente de Cortés, que dio muestras de ser un excelente hombre de gobierno y militar. Desde 1527, en que

recibe la primera gobernación, hasta 1541 en que fallece, fungió de gobernador, fuera de un breve período, pero de una manera desigual y, en ocasiones, caprichosa, consecuencia de su insuficiente dedicación al cargo, frecuentes ausencias, de los procesos que no dejaban de perseguirle y le inquietaban y de sus mayores ambiciones de descubrimientos y conquistas, pues la Gobernación de Guatemala era demasiado estrecha para él.

En su gobierno tuvo serios problemas con los repartimientos de indios, pues muchos conquistadores y pobladores aspiraban a ellos, ya que de sus servicios, trabajos y tributos vivían, así como del reparto de los indios esclavos hechos en las guerras. Si es cierto que Alvarado logró aquietar los ánimos y actuar con cierta equidad en estos asuntos, no lo es menos que él, con gran diferencia, se hizo con el mayor número de indios, que le reportaron considerables riquezas.

A su favor, sin embargo, también hay que contabilizar importantes logros. De México se trajo a un sobresaliente clérigo español, el licenciado Francisco Marroquín, que llegaría a ser el primer obispo de Guatemala. Por iniciativa de Alvarado el 18 de diciembre de 1534 quedó erigida, mediante la correspondiente bula papal, la diócesis de Guatemala, decisiva para el desarrollo y asentamiento de la Iglesia en las tierras conquistadas. Marroquín, durante bastantes años, desempeñó sus funciones episcopales con notable acierto.

Bajo el gobierno de Alvarado se fundaron seis ciudades españolas, que persisten hasta la fecha, con sus respectivos ayuntamientos, que resultaron ser fundamentales para el buen gobierno de la tierras: Santiago de los Caballeros en Guatemala; San Salvador y San Miguel en El Salvador; San Pedro Sula, Jerez de la Frontera y Gracias a Dios en Honduras. De todos estos ayuntamientos ocupó lugar destacado por su importancia e influencia el cabildo de la ciudad de Guatemala, el cual legisló mucho y bien en favor de los ciudadanos, y suplió en parte el abandono de Alvarado.

En 1536, llamado por el gobernador de la vecina Honduras, Cerezeda, con la finalidad de acabar con las numerosas sublevaciones de los indios, Alvarado logró pacificar la tierra. Cerezeda le ofreció el gobierno de Honduras. En estas guerras sucedió un curioso hecho, no exento de un significativo valor simbólico. En una de las batallas sostenidas por las tropas de Alvarado contra los indios en el valle de Ulúa, entre los cadáveres de los indios muertos, se encontraron, con gran sorpresa y admiración, con el del español Gonzalo de Guerrero, tatuado y vestido al modo indio. En 1511 un barco había naufragado en las costas de Yucatán. Los indios de la zona apresaron a los españoles y se los comieron, aunque dejaron con vida a dos, Jerónimo de Aguilar y Gonzalo de Guerrero. Este último casó con la hija del cacique, de la que tuvo varios hijos y se convirtió en un indio más, aceptando su cultura, religión y sociedad, en tal grado que, en la expedición de Cortés que tocó esas costas en 1519 y que llegó a contactar con los dos españoles, por muchos ruegos que le hizo, no pudo llevarse a Guerrero consigo, pues éste se negó a abandonar su patria de adopción. Pues bien, fue Guerrero, quien en 1536 acudió en socorro de los indios de Ulúa con sus guerreros, enfrentándose a la hueste de Alvarado.

Con la posesión de Honduras quedó definitivamente configurada la Gobernación de Alvarado, que ya incluía

las provincias de Chiapas, Soconusco, El Salvador y Guatemala.

Quizás el juicio más sereno sobre la actuación de Alvarado como gobernador de Guatemala, lo emitió su buen conocedor y amigo el obispo Francisco Marroquín: En esta gobernación hay mucha tierra que está de guerra y nunca ha servido, ni el Adelantado don Pedro de Alvarado procuró el tiempo que aquí estuvo, por no tener otro intento que a sus armadas. Contrasta el gobierno de Alvarado por el desempeñado interinamente por el juez Alonso de Maldonado los años 1536 a 1539. Así nos lo cuentan los Anales de los Cakchiqueles: El señor Maldonado vino a aliviar los sufrimientos del pueblo. Pronto cesó el lavado de oro; se suspendió el tributo de muchachos y muchachas. Pronto también cesaron las muertes por el fuego y la horca, y cesaron los despojos en los caminos por parte de los castellanos. Pronto volvieron a verse los caminos transitados por la gente como era antes. Estas concisas y sinceras palabras de los indígenas nos indican a las claras que el gobierno de Alvarado no se desarrolló siempre por los cauces justos.

5. LAS EXPEDICIONES DE DESCUBRIMIENTO Y DE CONQUISTA EN EL MAR DEL SUR

En 1532, Alvarado, logró hacer unas capitulaciones con el Emperador para descubrir y conquistar islas y tierras del todavía en gran parte desconocido Mar del Sur, luego nominado Océano Pacífico, pues, según sus palabras, quería descubrir los secretos de la Olla del Mar. Para ello levantó una costosísima armada, en opinión de un cronista la más hermosa que se vio por aquellos mares, de 12 naves con 450 españoles, más de 2.000 indios de servicio y algunos clérigos y religiosos, en la que gastó la enorme cifra de más de 100.000 pesos oro, y cuya construcción y equipamiento causó muchos trabajos y penalidades a los indígenas, así como un dañoso despoblamiento de españoles en Guatemala. En realidad, como pronto se vio, Alvarado lo que verdaderamente pretendía era desplazarse a Perú y apropiarse de aquellas tierras, pues en Guatemala se tenían noticias ciertas de que abundaba el oro y las riquezas en el imperio inca.

A los 33 días de navegación desembarcó en Puerto Viejo en Ecuador, territorio que pertenecía a la gobernación de Pizarro. Luego de una épica subida a los Andes, que les causó grandes sufrimientos, la muerte por congelación de varios hombres y penalidades sin cuento, pues la nieve y el frío los rodeaba —pasamos hambre y si una yegua se moría se vendía en 2.000 pesos oro, escribe Alvarado— llegaron a las cercanías de Quito. Allí toparon con el conquistador Diego de Almagro, que le hizo frente. Poco faltó para que llegaran a las armas, pero, al final, viendo Alvarado que tenía todas las de perder, tuvo que ceder y aceptar las condiciones que le impusieron Pizarro y Almagro. Éstos le compraron la expedición que llevaba y la capitulación que traía por 100.000 pesos oro, que luego confesará amargamente Alvarado haber sido estafado, pues le dieron una falsa vajilla de plata. La mayoría de los expedicionarios se quedó en el Perú, entre ellos su hermano Gómez, y solo y en secreto, casi arruinado, abandonó el Perú y regresó a Guatemala.

Pero Alvarado, hombre emprendedor y ambicioso, no por ello se hundió en el fracaso sufrido. Años después, en 1538, en su segundo viaje a España, consigue de nuevo capitular con el Emperador la empresa de descubrimiento, conquista y poblamiento, ardientemente deseada por otros conquistadores en esos años, como fueron Hernán Cortés y Hernando de Soto, para el dominio de las islas y tierras de la codiciada y rica región de la Especiería, que se creía estaba por el Mar del Sur. En la capitulación se le concedía la gobernación de lo descubierto, hacerle conde y otorgarle un título de alta nobleza, caso de que saliera libre del juicio que pesaba sobre él y que a la sazón estaba suspendido.

Apenas regresó a Guatemala en 1539 se entregó totalmente a la empresa desarrollando una frenética actividad. Las naves se construyeron el puerto de Acajutla en el Pacífico en la provincia de El Salvador. Del lejanísimo puerto atlántico de la Veracruz en México hubo que transportar todo el hierro, anclas y pipas a lomos de mulas. La extensísima zona que hubo que atravesar, inhóspita, selvática y sin caminos, necesitó de cientos de indios para abrir trochas y caminos. Hubo que talar y conducir miles de árboles hasta Acajutla para la construcción de los navíos. Se calcula que gastó Alvarado en la expedición más de 200.000 pesos oro, cifra fabulosa para la época, endeudándose en cien mil más. Son ciertas las palabras de Alvarado cuando escribe he gastado cuanto tengo para salir con esta armada; así como no son menos ciertas las del obispo Marroquín: los naturales andan desasosegados y temerosos, los españoles desconcertados y Alvarado tan preocupado y ensimismado en su armada, que no cuida ni mira por la tierra, abandonando sus obligaciones de gobierno; además, muchos naturales saldrán de la tierra bien como esclavos, bien como criados, con lo que quedará muy dañada la región. Entro los integrantes de la expedición estaba uno de los más famosos marinos de la época, Andrés de Urdaneta, que ya había participado en 1525 en la trágica expedición de Juan Sebastián Elcano en su intento de dar la segunda vuelta al mundo y, por tanto, buen conocedor del Mar del Sur. En 1565 Urdaneta se haría célebre al encontrar la vía de retorno de las Islas Filipinas a las costas de México.

En 1540 llegó la flota al mando de Alvarado al puerto de la Purificación en México. Un año después, cuando ya estaba todo preparado para su salida hacia el Mar del Sur, sucedió la trágica muerte de Alvarado. Como consecuencia, se deshizo y dispersó gran parte de la expedición. No obstante, quedó un resto que salió a los mares del Sur en 1542 al mando de Ruy López de Villalobos, quien, un año después llegó a un inmenso archipiélago, al que bautizó con el nombre de Islas Filipinas en honor del príncipe Felipe. Allí acabaron siendo apresados por una flota portuguesa. La vuelta a México fue imposible, pues todavía no se había encontrado el camino de retorno. En 1546 moría López de Villalobos asistido por San Francisco Javier. Hecho sorprendente: un español conquistador se encuentra con otro español misionero en la lejanía de las Islas Filipinas, a las que habían llegado por opuestos caminos marítimos y por motivaciones tan diversas. Aunque ya fallecido, me agrada pensar que el espíritu emprendedor del Adelantado Alvarado, estuvo presente en el lugar y en el momento, pues no poco suyo había en esta empresa.

6. ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE PEDRO ALVARADO

Dentro del modelo del conquistador español en América, sin duda, Alvarado es uno de los ejemplares más representativo. Destacó como consumado hombre de armas, buen conocedor del arte de la guerra, valiente, arriesgado y eficaz capitán. Fue persona de gran ambición de poder, nombre y gloria, que nunca se conformó con lo conseguido.

Murió sin bienes y lleno de deudas. El obispo Marroquín, por encargo de Alvarado, hizo testamento en su nombre para descargar la conciencia del Adelantado, y se encontró con que, a pesar de sus buenos deseos, poco pudo hacer, pues las deudas eran muchas y los bienes dejados escasos. En su agonía, Alvarado manifestó que todo lo había gastado al servicio de Dios y del Rey.

Su fama, cuando falleció, era todavía mayor que la de Cortés y estaba considerado como uno de los conquistadores de mayor renombre de su época. Cuando en 1526 llegó a México procedente de España, escribía un cronista: Las pláticas comunes por las casas, calles y plazas, eran de las hazañas y proezas del capitán Pedro de Alvarado y de la valerosa gente que llevó consigo a la conquista de Guatemala.

Alvarado ha pasado a la historia de los conquistadores como uno de los más severos, duros e intolerantes en el trato con los indios. Efectivamente, y como norma habitual, así se comportó. Los indios le conocían y temían. No tenía compasión por la gente el corazón de Alvarado durante la guerra; de esta manera llegaron los castellanos antaño; en verdad infundían miedo cuando llegaron; sus caras eran extrañas y los señores los tomaron por dioses, anota el Memorial de Sololá. Yo conozco mi corazón, llegó a exclamar Alvarado ante los indígenas que se resistían a buscar oro.

Hizo miles de esclavos fundamentándose en el derecho de la guerra que otorgaba al vencedor la facultad de hacer esclavos a los vencidos. Pero como las guerras debían de cumplir unas condiciones para ser consideradas justas, en muchos casos no lo fueron al no cumplirse los requisitos exigidos. No en vano en los procesos que se le hicieron frecuentemente se le acusaba a Alvarado de haber hecho esclavos injustamente y de utilizar métodos crueles para obtener oro.

Aunque respetó en sus privilegios a los indios que trajo de México como tropa auxiliar en la conquista de Guatemala, no hizo lo mismo con sus aliados los cakchiqueles, a quienes extorsionó al exigirles una exagerada tributación en oro. Igualmente, con motivo de sus grandes expediciones, abusó de la población indígena compeliéndoles a duros trabajos y prestaciones. A todo ello hay que sumar la sangrienta matanza de Tlatelolco, ordenada por Alvarado, que ha pasado a la historia como símbolo de crueldad. No obstante, si examinamos lo realizado por Alvarado en relación por lo hecho por otros muchos conquistadores en estas materias, no fueron muy diferentes a él.

No podemos olvidar que en los primeros años las conquistas fueron muy difíciles de controlar, con poca presencia de las autoridades reales y con unas huestes generalmente anárquicas en sus comportamientos, que, en muchas, ocasiones vivieron situaciones muy precarias

y desesperadas en sus enfrentamientos con los indígenas y que inclinaba a los conquistadores a tomar drásticas decisiones. De hecho, muchos de los conquistadores que fueron a América murieron, la mayoría alcanzó pocos bienes y fueron muy pocos los que consiguieron gloria y fama. En una interesante carta que Alvarado escribió al Emperador en 1529, trató de algún modo en justificar sus comportamientos: Bien pudiera ser que los naturales nos hubieran matado con su modo de proceder y traiciones, cuyo resultado hubiera sido que su Majestad no tuviera los reinos y vasallos que le hemos conseguido; que todas las guerras y castigos que se han hecho con los naturales han tenido como resultado que la tierra esté bajo el dominio y servidumbre de su Majestad. Argumenta Alvarado, no sin alguna razón, que eran los conquistadores los que en realidad, aun utilizando métodos no siempre justos y en situaciones precarias y peligrosas, habían extendido los dominios del Emperador y no, por tanto, excesivos reproches se les podían hacer consideradas las circunstancias. De hecho, en esos años, eran las huestes y, especialmente sus capitanes, los que asumían todos los gastos y riesgos, pues el Emperador, en las capitulaciones, se limitaba a conceder los permisos de conquista en lugares determinados a cambio de que lo conquistado pasara a su dominio y la promesa real de conceder privilegios y mercedes.

Mucho fue el oro que consiguió Alvarado en sus conquistas: unas veces, legítimamente; otras, con la extorsión e incluso con la tortura; otras, apropiándose ilícitamente del quinto real perteneciente al Rey; otras, detrayendo u ocultando la parte que le correspondía a la hueste que le seguía, si nos atenemos a las acusaciones que se le hicieron. Los pleitos que conocemos contra Alvarado abundan en esta materia, aunque, cuando se analizan, se impone la prudencia, pues en dichos procesos abundan las contradicciones entre los testigos, no son pocos los falsos testimonios y, en ocasiones, había más odios, envidia y espíritu de venganza que otra cosa. Pero Alvarado, como se indicó, no quiso el oro para atesorarlo, sino para nuevas conquistas y descubrimientos que llenaran sus ansias de poder y, sobre todo, fama y gloria; su deseo era llegar a la cima del conquistador. Escribe en una de sus cartas: No ando muy rico en dineros porque allí donde los he ganado, que ha sido sirviendo a su Majestad, inmediatamente los he vuelto a gastar en su servicio.

Pedro de Alvarado tuvo, sin duda, el mérito de haber asentado el cimiento y sembrado los gérmenes de la nacionalidad guatemalteca, al llevar a cabo la unidad política de los diferentes reinos y señoríos de la región dentro de la institución de la Gobernación de Guatemala, marco político, social y económico principal de lo que pronto sería Reino, Audiencia y Capitanía General de Guatemala, que llegó a abarcar toda la superficie actual de Centroamérica. La instauración de las instituciones administrativas, de gobierno y justicia y eclesiales, así como otras importantes de signo cultural y asistencial como fueron los colegios, universidades y hospitales, configuraron pronto la implantación del estado moderno en Guatemala.

Nunca he pretendido hacer un juicio de los comportamientos de Alvarado. Es algo que como historiador no me corresponde, aunque sí reproducir los emitidos por algunos contemporáneos suyos. Escribió Bernal Díaz del Castillo, su fiel compañero de armas, en su célebre Historia de la Conquista de la Nueva España:

ña: Era muy ligero y buen jinete, en el vestirse muy pulcro utilizando ropas costosas y ricas, y traía al cuello una cadenita de oro con un joyel y un anillo de buen diamante; de cuerpo gentil y proporcionado era extraordinariamente hablador. Hernán Cortés, cuando fue a la Corte y habló con el Emperador de sus capitanes, dijo que Pedro de Alvarado era caballero muy esforzado, persona agraciada e inteligente en asuntos de guerra y en atraerse gente para los combates. Francisco de Montejo, gobernador de Yucatán y que anduvo muy enfrentado con Alvarado por la posesión de la gobernación de Honduras, dijo que era el hombre más crudo que había conocido para con los indios y que nadie los había tratado tan mal como él. Los indios amigos que le acompañaron en sus conquistas decían de él que era capitán de yugo y carga pesada. El cronista Antonio de Remesal probablemente emitió el juicio más certero: Porque el Adelantado don Pedro de Alvarado, más quiso ser temido que amado de todos cuantos le estuvieron sujetos, así de indios como españoles. Y por esta causa usó con los unos y con los otros algunas demasías y desafueros con muy poca justicia y razón.

Y, finalmente, un recordatorio para el entorno familiar de Alvarado. Seis hijos naturales tuvo, de los que ninguno le pudo heredar por ser ilegítimos. Doña Leonor de Alvarado, hija del Adelantado y de la princesa india Xicotenga, tuvo la fortuna de casar en segundas nupcias con don Francisco de la Cueva, pariente de la esposa de Alvarado, Beatriz de la Cueva, con quien tuvo numerosa descendencia. De los restantes cinco hijos, don Pedro, hermano de Leonor, probablemente murió en un naufragio; don Diego, fruto de los amores con una india, murió en 1554 luchando en el bando real en Perú; doña Anita murió en 1554 siendo niña; don Gómez, sabemos que nació y vivió en la isla Tercera; de doña Inés sólo conocemos su nombre.

La esposa de Pedro de Alvarado, Beatriz de la Cueva, que se entregó a extremadas muestras de dolor por la muerte de su marido y se firmaba la sin ventura, murió trágicamente en la terrible inundación que arrasó Santiago de los Caballeros de Guatemala, la capital, la noche del 10 de septiembre de 1541. De los hermanos de Alvarado que fueron con él a América: de Hernando y Juan apenas tenemos noticias; Gonzalo murió en México en 1534; Gómez, que acompañó a su hermano en la malograda expedición al Perú, allí se quedó con mejor fortuna; Jorge, fiel compañero de su hermano, desempeñó buenos puestos en Guatemala y México en donde contrajo ventajoso matrimonio y murió en 1542 en España. Poca fortuna tuvo Alvarado con su esposa, hijos y hermanos, pues ninguno pudo heredar su nombre y patrimonio.

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Altolaquirre y Duvale, A.: *Don Pedro de Alvarado, Conquistador de Guatemala*, Madrid 1927.

Barón Castro, R.: *Pedro de Alvarado*, Ed. Atlas, Madrid 1943.

Cortés H.: "Cartas de Relación", *Historia 16*, Madrid 1985.

Díaz del Castillo, B.: "Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España", *Historia 16*, Madrid 1984.

Fuentes y Guzmán, F. A.: *Recordación Florida*, 3 tomos, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid 1969-72.

García Añoveros, J. M.: "El Adelantado Pedro de Alvarado, conquistador de Guatemala en el tiempo de Cortés", Ponencia en el Congreso Hernán Cortés y su tiempo (25-30 noviembre), Cáceres 1985.

Pedro de Alvarado. Fuentes históricas, documentales, crónicas y bibliografía. *Mesoamérica* 13 (1987) pp. 241-278.

Libro Viejo de la Fundación de Guatemala y papeles relativos a Pedro de Alvarado, Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, Guatemala 1934.

Memorial de Sololá (Anales de los Cakchiqueles), edición de Adrián Recinos, Fondo de Cultura Económica, México 1980.

Recinos, A.: *Pedro de Alvarado, conquistador de México y Guatemala*, Fondo de Cultura Económica, México 1952.

Remesal, A.: *Historia General de las Indias Occidentales y particular de Chiapa y Guatemala*, 2 tomos, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid 1964-1966.